



Ciencia UANL

Universidad Autónoma de Nuevo León

ciencia@mail.uanl.mx

ISSN (Versión impresa): 1405-9177

MÉXICO

2006

Manuel Rojas Garcidueñas

EVOLUCIONISMO Y CREACIONISMO

Ciencia UANL, julio-septiembre, año/vol. IX, número 003

Universidad Autónoma de Nuevo León

Monterrey, México

pp. 246-248

Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal

Universidad Autónoma del Estado de México

reDalyC
LA MEMORIA CIENTÍFICA EN LÍNEA
<http://redalyc.uaemex.mx>



MANUEL ROJAS GARCIDUEÑAS

Actualmente, en la enseñanza media de los Estados Unidos la evolución es un tema de controversia, en cierta forma paradigmático, del milenarismo conflicto entre ciencia y religión. Más que pretender un análisis profundo, el presente artículo busca sólo clarificar algunos juicios erróneos.

Las primeras inquietudes

En la antigüedad, solamente Anaximandro hizo una breve alusión al origen de las especies animales; nadie más, ni aun Aristóteles, la mayor figura de la biología griega, expresó alguna idea al respecto.¹

La iglesia primitiva creía en la verdad literal de la Biblia y llevó esta convicción a toda Europa.

El conocimiento de la fauna del Nuevo Mundo desconcertó a los estudiosos. Supuesta la creación de los diversos animales en el Paraíso, no era fácil imaginar quién podría haber llevado al Nuevo Mundo fieras y serpientes ponzoñosas, siendo imposible que hubiesen llegado por sí solas. Milius, en 1667, con la aprobación del arzobispo de Salzburgo, propuso que estas especies eran autóctonas de estas tierras basándose en el texto bíblico: "Que la Tierra dé origen a los seres vivos según sus clases". Sin

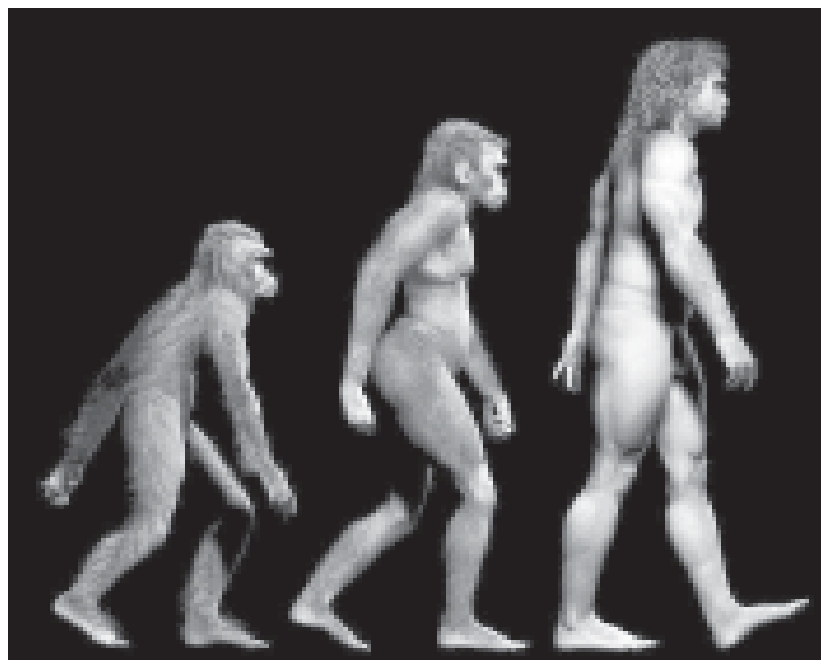


Foto: www.mondolifitric.com

embargo, tanto la iglesia católica como la luterana ignoraron la sugerencia y se aferraron a la narración de la creación en seis días, el Diluvio y el Arca de Noé.²

El hallazgo de fósiles por naturalistas del Renacimiento también provocó inquietudes, pero no ideas de evolución.

Los evolucionistas

Los avances en las ciencias y las nue-

vas filosofías trajeron un profundo cambio en la cultura occidental en el siglo XVIII; con el Iluminismo se creyó que la humanidad "iluminada por la luz de la razón" alcanzaría la felicidad; la razón sustituiría a la fe y la explicación científica al dogma. En este marco, Maupertuis y Buffon expresaron algunas ideas sobre el cambio de las especies, pero eran meras especulaciones.

La primera teoría evolutiva fue enunciada por Lamarck, en 1800,

explicándola como un impulso interno de adaptación del organismo a las condiciones del medio originando nuevas características que heredaría la prole. Lamarck fue refutado por Cuvier, que explicaba la desaparición de especies fósiles por sucesivas catástrofes seguidas de nuevas creaciones; esta teoría cayó pronto en descrédito perdurando la de Lamarck largo tiempo.¹

En 1859, Darwin explicó la evolución con base en la lucha por la vida, la desaparición de los menos adaptados por la selección natural y la supervivencia de los más aptos. La herencia de los caracteres adquiridos quedó implícita, pues Darwin no expuso algún mecanismo de transformación tomando la evolución como hecho dado, pero dio tan sólidas pruebas que su teoría fue aceptada por casi todos los biólogos, aunque algunos siguieron siendo lamarckianos.

La teoría de la evolución generó

la oposición de la iglesia protestante y de la católica. Desde fines del siglo XIX hubo alguna voz en la jerarquía eclesial católica que sostenía la idea de que la evolución no era contraria a la doctrina,² pero por muchos años la iglesia mantuvo una firme oposición al evolucionismo por temor al racionalismo y por resistirse a reconocer que se puede errar en algunos casos. Así, aunque desde el siglo XVIII todos estaban seguros del sistema solar copernicano, hubo que esperar hasta mediados del siglo XX para que el Papa Juan Pablo II admitiera públicamente el error de la Iglesia al haber condenado a Galileo.

En 1900 se dieron a conocer las leyes de la herencia, y poco después se comprobó que los caracteres adquiridos por influencia del medio no se heredan. Todo ello fue un desconcierto para el concepto de evolución y se necesitaron cincuenta años de esfuerzos para concertarla con la



genética.³ Hoy en día, el darwinismo ha superado incluso la muy seria objeción sobre cómo explicar la organización general y armónica del individuo en evolución: en 1980 se conoció la existencia de los genes (Master-genes) que controlan la acción de otros genes para la diferenciación concertada de grandes secciones del cuerpo, determinando una integración orgánica.³

Sin embargo persisten interrogantes sobre la causalidad básica de la evolución. Algunos biólogos se resisten a creer que el proceso se debe a mutaciones al azar y a la selección natural de los mutantes, y postulan una ley biológica que induciría a los organismos a una organización cada vez más compleja hacia una meta de perfección.⁴ Ésta es la evolución ortogénica en la que reaparecen ciertos conceptos de Lamarck.

Los creacionistas

Existen diversos grados de creacionismo. El creacionismo dogmático rechaza toda idea de evolución y admite solamente la letra de la Biblia. El neocreacionismo propone la creación de las especies originales que por una evolución posterior habrían dado diversas formas de interpretar el Diluvio como un acontecimiento local. El creacionismo teístico admite las explicaciones científicas sobre el origen de la vida y la evolución, incluso del hombre, con ciertas limitaciones, pero postula el proceso evolutivo como obra básicamente divina sujeta a leyes da-



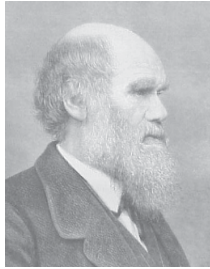


Foto: academy.d20.co.edu

das por Dios;⁵ los procesos de origen de la vida y posterior evolución serían opinables, pues consideran a la Biblia como libro profético y ético pero no científico o histórico.⁶

Posiciones y problemas actuales

En la actualidad, el lamarckismo ha desaparecido, así como las elucubraciones anacrónicas de Lysenko. El darwinismo se ha reinterpretado con explicaciones de biología molecular. Algunos biólogos aún se adscriben a la evolución ortogénica considerando que puede haber una ley biológica que emergería de la organización del ser vivo, o que habría sido dada por Dios como la postula la evolución de Theillard de Chardin,⁴ así como la teoría de diseño inteligente (DI).³

La evolución ortogénica y el creacionismo teístico no son sinónimos pero tienen similitudes; ésta es la posición actual de la iglesia católica y las grandes iglesias protestantes (luterana, episcopal, anglicana etc.);³ por el contrario, las sectas evangélicas son completamente antievolucionistas. Mucha de la controversia se debe a una pobre o apresurada consideración del tema. Dice Zimmerman⁵ que muchos científicos creen que el mundo debe explicarse por procesos físicos, pero de aquí concluyen que debe toda idea de propósito en la naturaleza, lo cual es saltar de la ciencia a la filosofía. En su moderno libro afirma que para los creacionistas el origen de la vida y de su diversidad sólo es expli-

cable por un agente sobrenatural, y no hacerlo es negar a Dios: inversamente, pero con el mismo error de juicio, muchos materialistas suponen que el poder dar una explicación determinista de un fenómeno demuestra que Dios no existe y que Darwin hizo obsoleta la religión.³ En ambos casos se extrapolan conceptos de la ideología a la ciencia y viceversa; un científico no puede incluir ni excluir a Dios en su investigación;⁵ y bien afirma Trabulse que la ciencia moderna conoce sus límites y, puesto que Dios no es uno de sus postulados, el problema de la fe carece de significado para ella.⁷

En una alocución a un grupo de científicos, Juan Pablo II afirmó que la evolución es aceptable para los católicos, excepto si se refiere a la evolución del alma:³ es obvio que la ciencia no puede decir nada sobre el alma. Pero no es fácil desprenderse de conceptos que se han interiorizado. Muchos creyentes son "más papistas que el Papa" y no pocos clérigos creen que el conocimiento y ejercicio de la razón lleva a la pérdida de la fe. Existen también muchos científicistas que reducen toda la cultura a la ciencia y suponen que las humanidades, de Platón hasta Sartre, pasando por Tomás de Aquino, son cosa de intelectuales ociosos.

De manera incongruente, es en Estados Unidos donde coexiste la más moderna tecnología y amplia escolaridad con un enorme número de personas que rechazan el concepto y la enseñanza de la evolución. Pero algo

positivo existe en esta controversia: es una demostración de que la libertad intelectual, la libre investigación y juego de ideas sigue siendo un distintivo de la civilización occidental, a diferencia de otras en donde prevalece la represión en aras de una obediencia total a determinadas doctrinas o a las creencias y costumbres impuestas por la tradición social.

Referencias

1. Buican, D. (1963). *L'évolution et les evolutionismes*. Presses Universitaires de France. París, pp. 5-12; 49-77.
2. White, A. D. *A history of the warfare of science with theology in Christendom*. Dover Publ. New York 1960 (1986). Vol. 1, pp. 71-75; 97-100.
3. Zimmerman, C. (2001). *Evolution, the triumph of an idea*. Harper Collins. New York, p. 80; 118-132; 332.
4. Cuénot, C. et al. (1974). *Evolución, marxismo y cristianismo*. Plaza y Janés. Barcelona, pp. 39-64.
5. Scout, E.C. (1996). *Creationism, ideology and science*. En: *Annals of the New York Academy of Sciences*. Vol. 775 (Edit. P. R. Gross; N. Lewitt; M. W. Lewis). New York, pp. 505-556.
6. Palafox, E. (1991). *Evolución y darwinismo*. Editorial Ninos. México, pp. 79-81.
7. Trabulse, E. (1974). *Religión y ciencia en el siglo XVII*. El Colegio de México. México, pp. 174-175.